

En Viaje

REVISTA MENSUAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO - CHILE

0.60



Nº 32

JUNIO 1936

AÑO III

UN RINCON DE LA MONTAÑA DE NAHUELBUTA

CONTULMO. — EL LAGO LANALHUE

RECUERDO que en aquellos lejanos tiempos de mi niñez, obtuve como premio en la Escuela Primaria un pequeño libro de cuentos, en el cual se hablaba de una pequeña aldea de la Selva Negra. Era una aldea de leyenda, con sus casas pequeñas edificadas entre el bosque oloroso, y al borde de los barrancos, en cuyo fondo serpenteaban los esteros azules. Los niños que iban a la pequeña escuela de esa aldea solían encontrarse con el lobo, que era como en el cuento de la Caperucita Roja, sanguinario y cruel, pero estos lobos no se atrevían a hacerle daño a los colegiales, porque sabían que el genio del bosque los protegía, poniéndolos siempre fuera de sus garras y de sus colmillos. La existencia era allí, dulce y apacible. Cada casa tenía una huerta, un jardín y muchos árboles que en el estío daban sombras y frutos. Por las noches la aldea se arrebujaba en su manto de misterio, mientras afuera, si era invierno, caía la nieve y rugía el viento de la selva, haciendo gemir como a seres angustiados el tronco de los árboles que se doblegaban bajo el peso del vendaval. Pero en el interior de cada casa ardía la chimenea; había un dulce calor de hogar. Los niños cantaban o leían las leyendas del país del ensueño y de la fantasía, mientras los grandes, junto al fuego, conversaban comentando las labores del día o hablando de lo que harían en el siguiente.

Yo he recordado aquella leyenda de la infancia, que en el recuerdo se embellece, al llegar en una noche hasta este pueblecito perdido entre las selvas de la cordillera de Nahuelbuta, donde parece que la existencia fuera la representación viva de la égloga. Porque aquí se siente la impresión de que la gente viviera apacentando ganados entre la verde entraña de los montes, donde la esquila con su voz trémula, se nos figura que ha de encon-

trarse por todos los senderos, en los cuales se confunden los rebaños, dando lugar a que se conozcan zagalas y zagalillos que no saben hablar, pero que en su tlauta recogen las armonías que el viento enhebra en las frondas, que al amanecer los pájaros hacen melodiosa.

Después de cruzar Purén, un bello y pintoresco pueblecito, cuyas casas se abrigan con hileras de árboles, al pie de los cuales se desliza el agua clara de las acequias, hemos comenzado a subir por los flancos de la montaña de Nahuelbuta, que es necesario cruzar para llegar hasta Contulmo. Es este un camino lleno de bellos accidentes. Desde lo alto se divisan, en el fondo de las vegas, pequeñas casas, de las cuales se desprende una columna de humo azulado que se deshace en el aire transparente. Por entre los matorrales asoman vacunos de lustroso pelaje que huyen llenos de espanto y asombro al divisarnos. Enormes troncos de árboles gigantes, yacen a la vera del camino, tumbados, como si fueran atalayas de una fortaleza en donde por las noches habita el misterio, y las leyendas que el viento cuenta en su rumor interminable, que se transforma en música en la copa de los robles y de los coihues, y en gemido en la oquedad de los troncos muertos.

Después del crepúsculo, en el cual el sol vierte sobre la serranía la opulencia maravillosa de sus colores, se hace lentamente la noche. Aparecen las estrellas rutilantes que enojan el cielo y proyectan un dulce y suave resplandor sobre la tierra abrupta. Pequeñas bandadas de pájaros, barnizados de sombras, dejan caer el cristalino temblor de sus píos, que es como una estela de quejumbre y poesía en el atardecer. Desde el fondo de las quebradas sube una fresca sonata de aguas corrientes, fragancias de flores rústicas y de pastos húmedos. Ladran lejanamente los perros, allá en las pe-



selva braman los vacunos, y desde los corrales, como un llanto trémulo, de niños ateridos, llega hasta nuestro oído el balar de los corderos: Todo trasciende una aguda melancolía, que es como la angustia del día que murió.

La noche nos envuelve ahora con sus ruidos interminables y confusos. El camino va y viene, rodeando a los cerros como un cinturón de muchas vueltas. En la lejanía se divisa una luz que es como un faro de esperanza para el viajero entregado a lo que su suerte le otorgue, en aquellos parajes que desconoce completamente. La luz se pier-

queñas casas perdidas en las encrucijadas de los caminos, o en los aserraderos en donde las sierras metálicas rugiendo todo el día, rebanan la pulpa húmeda y olorosa de los pellines y raulies, que el golpe del hacha derrumbó. En la entraña de la

de y reaparece a ratos en el fondo de las vegas; después muy alta. Hasta que de pronto, un suave resplandor, se hace apenas perceptible, tal si lo proyectara una fogata misteriosa escondida en la cavidad de los cerros. Torna de nuevo la oscuridad completa, hasta que repentinamente, como si nos sintiéramos en el aire vemos en el fondo de la quebrada un amontonamiento de luces, que como un grupo de luciérnagas se hubiera detenido allí, para dar una bella sorpresa al viajero, que viene desde el corazón de las serranías. Es Contulmo. Es la aldea de la leyenda que surge a la realidad envuelta en su ropaje de ensueño.

Un hotelito pequeño y confortable, nos abriga esa noche. Afuera el viento, estrecha la casa con sus rumores. Golpea los vidrios de las ventanas, y las puertas, como si fuera un visitante retrasado, que nerviosamente pide hospedaje. Nuestra cama es alta y muelle, abrigada como un nido. La sensación de que estamos en un lejano país, se hace más real. En la habitación contigua un hombre habla en un idioma o dialecto que no

conocemos, y en los altos, se oye en el piano una especie de balada triste, algo como la canción de una voz melodiosa, bajo la lluvia.

Y al otro día cuando salimos a conocer el pueblecito serrano, una sensación de serenidad, de tranquila dulzura nos llena el corazón. Árboles por todas partes, huertos y jardines. De todo surge la impresión de que allí no se conoce la miseria ni la inquietud del mañana. Las pupilas claras de unas rubias alemancitas que guían alegremente su coche, se nos quedan prendidas como una caricia. A unos cuantos kilómetros, el lago Lanalhue, extiende su sábana azul, entre los cerros rojizos, moteados de blanco por el vellón de los ganados, que pacen en sus laderas. Al frente la masa oscura, verdinegra de un retazo de montaña virgen pone una nota de magestad y de belleza en el paisaje. El cielo es tan intensamente azul, y la atmósfera tan pura y brillante, que le permite reflejarse en el lago, como si fuera un pedazo suyo que se ha caído entre los cerros. Este hermosísimo paisaje chileno, es una parte del camino que habrá de recorrer el ferrocarril de Lebu a Los Sauces. Un día no lejano, este silencio, esta apacible tranquilidad, desaparecerá ante el agudo alarido de una locomotora que cruzará arrogante, por entre los cerros, por encima de los claros esteros, y a la orilla de este lago que duerme confiado su sueño azul. Toda esta leyenda inédita la conocerán los ojos ávidos de los viajeros asomados a las ventanillas del convoy, mensajero estridente de la civilización. Sólo arriba, muy arriba, tocando el cielo, las araucarias como candelabros de ramas y de hojas, seguirán mecidiéndose en el viento de la montaña, en ese viento oloroso a peumos, a boldo, a laurel y olivillo.

Luis Durand.